

I Domingo de Adviento (30-11-25)

Homilía del Cardenal Carlos Castillo

(Transcripción)

Nos acompaña, el día de hoy, la Parroquia La Encarnación junto a todos los fieles que han venido a hacer su peregrinación a la Catedral de Lima por el Año Santo, y también su párroco nos acompaña. Les agradecemos mucho su presencia.

¿De qué nos habla el Adviento? Nos dice que, permanentemente, Dios está viniendo a visitarnos, a animarnos, a estar presente en nuestras vidas; que Él vendrá definitivamente un día - que no sabemos cuándo es - y que, por lo tanto, la actitud cristiana fundamental es la de siempre estar atentos a su llegada. Así como Jesús caminaba siempre delante del Padre, guiaba en su camino diario de servicio a la gente, pero siempre dedicándose a hacer la voluntad del Padre, también nosotros, en ese tiempo de cuatro semanas antes de la Navidad, ejercitamos - y nos dice hoy día el texto (Mateo 24, 37-44) - la actitud de la vigilancia, de la espera, que convierte a nuestra fe cristiana en una fe de ojos abiertos, no de ojos cerrados.

Eso es una cosa fundamental para nuestra fe que, quizás, teniendo en cuenta algo que es importante, evidentemente, que el Señor more en nosotros porque así entonces nos suscita a buscar siempre a Dios, a veces la convertimos solo en una religión de ojos cerrados, en donde lo que nos interesa es la salvación de nuestra alma y pensamos que no hay que mirar más afuera, pensando en que el mundo es malo. En el mundo hay maldad, pero, también, está

escondido allí el Señor. Por eso la parroquia se llama “La Encarnación” también, porque Dios, a través de Jesús, el Hijo, se encarnó en nuestra historia y sigue encarnado en nuestra historia, inclusive, resucitado. Quiere decir que ya nuestra historia ha empezado a resucitar por su Resurrección y todos tenemos que abrir los ojos para ver los signos de la esperanza que está presente y que, finalmente, nos mostrará cuando el Señor venga a juzgar a vivos y muertos.

Y, ¿qué es lo que nos sucede normalmente en la vida que vivimos? Que tendemos a distraer la atención de Dios que viene y nos imaginamos a Dios de diferentes maneras, pero no el que realmente viene. Y con ese mundo actual en donde lo que prima es el subjetivismo, la opinión personal, lo que yo siento - que es muy importante - pero lo importante es sentir con el Señor que viene y aprender a disponer todos nuestros sentimientos y búsquedas a encontrarlo a Él en las circunstancias.

¿Qué cosas puede haber en las circunstancias humanas que nos hablan de Jesús? Todas aquellas que son signos de lo que hizo Jesús entre nosotros: curó a los enfermos, alentó a la gente, quiso inundar de felicidad a la humanidad, socorriendo a los pobres, denunciando las injusticias, corrigiendo una religión que se había corrompido, y todas esas cosas que estamos viendo hoy día que la Iglesia también intenta hacer, esos son los siglos de la Iglesia que están presentes y que la Iglesia va encontrando y va tratando de suscitar si son cosas interesantes que puedan dar vida. También está la amistad, el cariño, la comprensión,

la delicadeza, la belleza, son cosas fundamentales para vivir el Reino ya por anticipado y esperar al Señor que va a venir con una efusión mucho mayor de su amor que la que nosotros podemos comprender. Y que, a consecuencia de eso, evidentemente, se excluirán los que ni siquiera esperaron nada, comían y bebían, “comamos y bebamos que mañana moriremos”, como se suele pensar. Los que se dieron la “dolce vita”, la gran vida, y que se olvidaron de los demás.

Estos días que estamos confirmando a tantos muchachos en las distintas parroquias, es lindo lo que ellos nos dicen de lo que han vivido en sus procesos de confirmación: la formación de una comunidad, el diálogo, el poder expresarse y su retiro en donde han llorado juntos, han hecho una fogata, se han unido entre todos. Cosa que es un ejercicio vivo de la experiencia del sacramento plasmado en las relaciones humanas nuevas que genera la Iglesia y que, además, no solamente existe en la Iglesia, porque todo el que ama es de Dios. Todo el que hace una buena obra, incluso si no lo conoce, es de Dios.

Como decía José María Arguedas sobre la kurku, la jorobadita que cantaba precioso. “Ella no conoce a Dios, pero de Dios es, porque en ella está Dios cantando”. Todo lo que es bueno en la humanidad debe ser rescatado. El Señor viene en todas esas circunstancias y este es un tiempo para valorar lo bueno del mundo y, sobre todo, el poder distinguir al Señor que viene, que vendrá al final a juzgar a vivos y muertos y en forma triunfal, pero que todavía recordamos en la primera venida como un niño insignificante; con lo cual no

podemos dejar de tratar de buscar al Señor en las circunstancias que vivimos, pero, sobre todo, en el mundo de lo pequeño, en el mundo de lo insignificante. Porque Dios está escondido en el corazón del mundo abriendo nuevos caminos, especialmente, en los mundos pequeños y diminutos que no reconocemos a veces porque, evidentemente, tienen más fama las arrogancias, las petulancias, las dictaduras, los insultos, las intrigas que se crean y están todo el día pululando en las noticias y en los periódicos. Pero lo que está chiquitito ahí, escondido, necesitamos poderlo percibir para alentarlo, para hacerlo crecer.

Ese es el tiempo que estamos viviendo del adviento: disponernos todos a abrir los ojos y a tener responsabilidad de animar todo aquello que es pequeño, es bueno, es interesante, pero nadie “para mientes” en esas realidades. Por eso, hoy día, todos vamos a seguir este camino de adviento esperando al Niño, que es el primer ejemplo y la primera fuerza que nos da Dios para poder salir de estos entrampamientos humanos, dejarnos enternecer por lo fino, lo delicado de este Niño. Y así, junto con todos los pastores y los pobres del mundo que lo esperan, podamos unirnos a ellos para nosotros también entrar por el mismo camino de esperanza y poder resolver tantas dificultades terribles que estamos viviendo hoy día en la humanidad.

Solamente llenándonos de la fuerza extraordinaria de la ternura de Dios es que podremos derribar tantas cosas terribles que están pasando y que ahora con toda su bondad, el Papa León XIV siguiendo también el camino que

ha empezado el Papa Francisco, está tratándonos de mostrar: ir a los pueblos lejanos estar cerca de la gente, ahora ha ido a Oriente, ha ido a Nicea (ahora İznik), ahí donde fue ese Credo largo que rezaremos después en el Adviento, y que tenemos que tener en cuenta porque allí se manifestó la unidad de toda la Iglesia.

El Papa ha querido manifestarla también uniéndose a todos en Nicea, y se produjo una especie de Cruz porque, por una parte, en Nicea es lugar en donde se reunió Oriente y Occidente, la Iglesia de Oriente y la Iglesia de Occidente. Y León XIV es el Papa del norte y el sur, norteamericano y peruano. Se ha producido una Cruz. Y ese es el camino que hemos de seguir porque no le tememos esa Cruz, si es una Cruz redentora, llena de amor y de esperanza para todos.

Dios los bendiga en este adviento y que todos caminemos a la luz de este señor que quiere convertir las lanzas, las armas, en podaderas, instrumentos de trabajo preciosos para vivir felices (Isaías 2, 1-5).

Amén